El Pleito del Amor



P. BALGAÑÓN

EL PLEITO DEL AMOR

Comedieta psicológico-feminista

en la que una señora, experta en lances de amor y buena fortuna, expone solamente á sus amigas las mujeres, el

"ETERNO PROBLEMA DE LA VIDA"

sin que con ello, pretenda dejar resuelto tan interesante particular

DADO EN HISPALIS

Año del Señor de mil novecientos veinte y tantos

(SIN LICENCIA ECLESIÁSTICA)

ENVÍO

A la Srta. Josephine M. L. de Tord

en Haekettstown, New Jersey

ó donde se halle.

SALUD!

Permite, mi bien amada Joe, que figure tu nombre en la primera página de esta obra.

A falta de otros méritos que pueda tener, ya es mucho que tú la protejas con el influjo bienhechor de tu influencia.

Porque este libro se escribió para tí. Se escribió cuando aún no te conocía personalmente; pero mi espíritu presentía tu feliz advenimiento. Y llegaste al fin. Tuya es la obra. Acójela sonriente, oh amiga mía querida...

Porque, es tan cierto como hay Dios, que cuando tú sonries, amenece en los espíritus.

* * *

Ahora, óyeme dos palabras poniendo en ello la misma devoción con que escuchas las rèveries *de Schumann.*

Esta comedieta es un libro de amor. Por lo tanto, no es, no puede ser, una «silliness»... según disputarían los espíritus fuertes de tus congéneres las girls, *cuyo modernismo las convierte en princesitas del dolar, super-hembras exóticas, de neutra feminidad. ¡Pobres!*

Y no puede ser este libro una silliness *porque ya lo dice Porcia, la protagonista de la comedieta:*

«No puede irse contra las leyes naturales de la Vida. Hay que amar ó »sucumbir... El amor, es como un arroyo manso y placentero. Déjalo correr y »se deslizará dulcemente entre márgenes floridas. Atájalo, y lo verás convertido »en un torrente asolador é impetuoso.»

* * *

Tú, como la hermana Porcia, eres una complicada á causa del mucho saber. Vives tu vida. Cultivas tu ideal...

Un ideal pleno de ensueños pandos y fantasías líricas, que nunca, jamás, se realizarán para tu deleite.

Pero como sobre todo eso, eres una linda mujercita, si limitas, como nuestra amiga, la interesante y franca Porcia, si limitas, digo, tus anhelos de «un más allá» y te contentas con los dones, que pródiga te dotó Naturaleza, serás dichosa, enormemente dichosa...

Porque como eres dulce y bondadosa, es ley que debes ser feliz, á condición de que dejes el moderno desencanto para tus congéneres las complicadas girls, *las princesitas de que te hablaba más arriba.*

Tú, en buena hora lo diga, no serás una de esas princesitas aunque vives entre ellas. ¡Las pobres! ¿Hay pena mayor que castrar la vida?...

* * *

La ternura de tu corazón, ama á los niños, á las flores, á las míseras bestezuelas. Tu espíritu se deleita con las sublimes armonías de los clásicos...

Y sin embargo, no eres una «romántica».

¡Y aunque lo fueras! Ello es preferible á devenir una desencantada.

¡Qué pena entonces! Pero no, mi pobrecita Kido, mi varonil y tierna Joe.

Tú debes ser dichosa y lo serás sin duda alguna.

Porque es ley de la Vida que los buenos sean felices.

Y además.

«Y also», y como una «little token of love», te lo auguro y deseo cordialmente.

Tuyo en el sentir, tuyo en el arte y la belleza, tuyo siempre, amigo y maestro.

EL AUTOR

Sevilla - XI - XX.....

ACTO UNICO

DRAMATIS PERSONAE

Porcia.—Imperia.—Berta.—Leonardo

EPOCA ACTUAL

UN SALON DESPACHO, PUESTO CON SEVERO GUSTO Y ELEGANCIA

ACTO UNICO

IMPERIA y BERTA

IMPERIA

(Entrando en traje de calle. Viene elegántísima.)—¿Tardará mucho?...

BERTA

(Siguiéndola. Viste un coquetón y correcto traje de «femme de chambre».)—Si tarda, poco ha de ser... la vista acabará á las cinco...

IMPERIA

(Consultando su reloj.)—¿A las cinco? Ya son...

BERTA

Por eso digo... que ha de ser poco lo que tarde...

IMPERIA

Bien. Esperaré.

BERTA

¿Desea algo más la señora?...

IMPERIA

(Vacilando.)—Sí... quisiera... desearía saber... (Berta la interroga mirándola atentamente.)

IMPERIA

No conozco á la Señora Porcia... ¿Podría usted decirme?...

BERTA

¿El resultado de la vista de hoy?

IMPERIA

Bueno... sí...

BERTA

Un triunfo, seguramente... El más ruidoso... El que más fama ha de darla... La defensa que hará mi señora, causa una verdadera espectación. El Colegio de Abogados y la opinión general, se hallan intrigadísimos... ¿No ha leído la señora los periódicos?...

IMPERIA

No... No acostumbro...

BERTA

Pues en ellos se relata el hecho con todos sus detalles...

IMPERIA

¡Ah!... ¿sí? ¿Quiere usted decirme?...

BERTA

Figúrese la señora. Una esposa ultrajada que espía á su marido; y cuando se convence de que su desdicha es cierta, sorprende á los amantes en flagrante delito de adulterio...

IMPERIA

¡Qué enormidad! ¡Pobre mujer!

BERTA

La esposa ¿verdad?...

IMPERIA

No... la otra...

BERTA

¡Ya! La prensa lo relató minuciosamente...

IMPERIA

¡Qué indiscretos!

BERTA

De ahí la ansiedad tan grande que ha causado...

IMPERIA

(Como queriendo recordar.)—¡Calle usted! ¿No es esa la causa que se conoce con el nombre de la «Vengadora de su honra»?...

BERTA

¡Justo!... ¡la misma!

IMPERIA

Sí... ahora recuerdo... El hecho ocurrió... hace unos dos años. No se habló por entonces de otra cosa... El acto de esa esposa ultrajada promovió grandes discusiones. Sacóse á relucir la polémica de las «Mujeres que matan»... Púsose de moda, y como compensación, el célebre «¡Mátala!»... Hubo discusiones acaloradas... golpes... y hasta desafíos...

BERTA

¡Esa... esa es!...

IMPERIA

¡Sí, sí! Ya recuerdo. Por cierto que se abusó tanto del tema que llegó á hacerse insoportable...

BERTA

Tan insoportable, que hasta en las invitaciones á toda clase de fiestas se ponía al pie: «Se ruega no hablar de la Vengadora».

IMPERIA

¿Y es su ama de usted... la señora Porcia?

BERTA

El abogado que defiende hoy á la reo ante los Tribunales de Justicia...

IMPERIA

Pues sí... Eso debe ser muy interesante...

BERTA

¡Como que el Fiscal de S. M. pide una pena cruelísima! Ha reputado el hecho de doble asesinato con premeditación, alevosía y ensañamiento...

IMPERIA

¿Sí? ¡Con enseñamiento!... ¡Qué atroz!

BERTA

Figúrese la señora que cuando la esposa ultrajada hizo fuego contra su rival, el marido, ya casi en las últimas, la pidió sin resultado, gracia para aquella infeliz que después de todo, no había cometido otro delito que el de amar.

IMPERIA

Sí; pero el adulterio... ¿le parece á usted poco?

BERTA

Poquísimo. El adulterio es hoy moneda corriente en todas las sociedades... Además; si eso es delito, debe hallar disculpa, ó á lo menos compasión en todos los corazones, so pena de pasar por hipócritas redomados...

IMPERIA

¡Qué dice usted!

BERTA

¡Oh, señora! Según la doctrina, el pecado se comete de tres modos; de pensamiento, de palabra y obra. ...¿Quién puede vanagloriarse de no ser pecador de una de esas tres maneras?...

IMPERIA

¡Qué ideas!...

BERTA

Son ideas que están en el ambiente... y en el corazón de todos los mortales... y además, mi señora afirma, que el delito ó el pecado de amar, es siempre perdonable.

IMPERIA

¿La señora Porcia afirma eso?

BERTA

Lo dice y lo mantiene con testimonios irrefutables.

IMPERIA

¿Irrefutables?

BERTA

Como que son del propio Jesucristo... ¿Porqué, sinó, perdonó á la Magdalena?

IMPERIA

Es cierto... la perdonó por lo mucho que había amado...

BERTA

Pues ahí tiene la señora.

IMPERIA

¡Oh... amor... amor!

BERTA

Todo hace presumir que el triunfo de mi ama será indiscutible... absoluto... ya lo verá la señora.

IMPERIA

Desearé verlo y de veras que lo he de celebrar... pero los jueces no opinarán como opinamos las mujeres.

BERTA

Los jueces son hombres... en verdadera justicia ellos no serán capaces de condenar, el único pecado de mujer, que no puede consumarse como el hombre no sea, sinó instigador, cómplice por lo menos.

IMPERIA

(Mirándola con curiosidad.)—¿Sabe usted que me admiran sus palabras?

BERTA

(Modestamente.)—No en balde, visto y desnudo á mi señora con frecuencia.

IMPERIA

Sí... ya me hago cargo... (Una pausa breve.) Y... ¿es soltera la señora Porcia?

BERTA

Absolutamente soltera.

IMPERIA

¡Es raro! Un abogado, especialista en pleitos de amor... una profesional que no ama... debe ser algo así... como una campanilla sin badajo.

BERTA

Ya sabe la señora que no hay quien aborrezca el dulce, tanto como los propios confiteros.

IMPERIA

Es verdad... pero la señora Porcia...

BERTA

No ama sino su profesión, su arte... El único afán de su vida lo constituye el camino de la gloria...

IMPERIA

(Involuntariamente.)—¡Cómo!... ¿Ella también?...

BERTA

Toda su juventud la dedicó al estudio, al afán de ser una mujer, lo menos mujer posible... Lás altas cuestiones que aborda... Sus pleitos, basados todos sobre un tema obligado... Sus libros y meditaciones filosóficas, ocupan su mente de tal modo, que ningún otro sentimiento hace vibrar su corazón...

IMPERIA

¿Es posible?...

BERTA

(Escuchando.)—Me parece que he oído el coche de mi señora... con su permiso...

IMPERIA

¡Sí, sí! Vaya usted... (Berta hace una graciosa reverencia y se retira.)

¿Será, como dicen, tan sabia esa mujer?... Es joven y hermosa... ¿Cómo puede, cómo se atreve á resolver los grandes problemas del amor si no se halla iniciada en el gran misterio de la vida? Dicen que su fama no es una usurpación que debe al capricho ó á la imbécil complacencia de unos pocos... tanto mejor... pero ¿cómo podrán pintarse los rigores del hambre cuando nunca se padeció tan cruel necesidad? Tal vez el estudio... la reflexión... la frialdad de cuerpo y alma, han podido hacer de Porcia un excelente abogado del amor... (pausa breve.) Dice su doncella que es *absolutamente* soltera... No es ésta, razón para que ella no conozca... ¿No hay por el mundo mil solteros que son en amor, duchos y expertos paladines?... ¡Bah! Déme Porcia un buen consejo, y lo demás á mí me tiene sin cuidado... (prestando atención) oigo pasos... alguien se acerca... Debe ser ella... Porcia...

IMPERIA y PORCIA

PORCIA

(Entra sobre-vestida con una toga; en la cabeza un birrete. Trae en las manos papeles en folio y un libro. Es desenvuelta, franca, elegante con cierto aire varonil. Desde luego se ve que no es un marimacho.)—Servidora.

IMPERIA

(Saludando graciosamente.)—¿Tengo el gusto de hablar...

PORCIA

Porcia... abogado feminista... algo psicólogo, que tiene el honor de ponerse á sus órdenes, rogándola, si la hizo esperar... porque supongo que usted será...

IMPERIA

Imperia... artista de teatro, soltera y rica...

PORCIA

¡Ah! ¿Es usted Imperia?...

IMPERIA

Sí señora... Imperia que acude á Porcia en súplica de consejo en un lance de amor y mala fortuna...

PORCIA

Eso me dice usted en su carta, y por eso me tomé la libertad de citarla á esta consulta... aquí estamos solas...

IMPERIA

¿Solas?...

PORCIA

Completamente.

IMPERIA

Pues y... (Indica al público por señas.)

PORCIA

(Contemplando la sala, sonríe)—No importa... el público es amigo... es discreto... no dirá nada de lo que hablemos...

IMPERIA

(Mirando al público con cierto temor)—Sin embargo... yo conozco á ese amigo... á lo mejor da unos cambios...

PORCIA

Eso es cuando no se acierta á contentarle... por lo demás... el público es un buen muchacho... Usted es artista de teatro y lo sabe mejor que nadie... Es usted la niña mimada del público...

IMPERIA

¡Ay! Si usted supiera... Es un amante veleidoso... tan pronto adora á sus ídolos, como los derriba á puntapiés... ¿No ha oído usted llamarle el mónstruo de las cien cabezas?

PORCIA

Así le llaman los cómicos y los autores; pero créame usted... El público es antes que nada, «amigo y señor»... No olvidando este precepto, se puede estar seguro de sus mercedes...

IMPERIA

Sí... tan seguro como una escopeta sin seguro... á lo mejor... (Se tapa los oídos con terror).

PORCIA

(Riendo)—Repito que no hay cuidado... Ahora dígame... (dirigiéndose al público) Suplico á ustedes el mayor secreto.

IMPERIA

El caso es... que no sé por dónde empezar... ¡Es tan difícil!...

PORCIA

Por el principio, hija mía... empiece usted por el principio...

IMPERIA

Hay ciertas cosas en la vida que no se sabe cuándo empezaron... Pero... ¿quiere usted decirme antes de explicarle el objeto de mi visita, cuál ha sido la sentencia que recayó en la causa de la Vengadora?...

PORCIA

Absuelta con todos los pronunciamientos favorables.

IMPERIA

(Saludando)—Saludo y felicito á su abogado.

PORCIA

(Inclinándose modestamente)—Gracias, señorita Imperia... mas no hablamos de mí (le indica que se siente. Imperia saluda de nuevo y se sienta). ¿Quiere usted ponerme en autos? (Se sienta á su vez delante de la mesa).

IMPERIA

Soy soltera y como usted ve...

PORCIA

No mal parecida... ¡Ay; infeliz de la que nace fea!...

IMPERIA

Cierto. Pero no hay que compadecerla.

PORCIA

¿No?

IMPERIA

¿Dónde hallar una mujer que en este punto se crea digna de lástima?

PORCIA

(Riéndose)—Pues es verdad... pero siga usted...

IMPERIA

Conozco el refrán, más bien la sentencia que nos enseña, que al médico, al confesor y al letrado no ha de ocultárseles la verdad por triste y dolorosa que sea... y la verdad de mi pleito, es la siguiente: Atraída, fascinada más bien, por el brillo artificioso de la gloria, dediqué todas las potencias de mi alma al logro de mis ensueños...

PORCIA

(Involuntariamente)—¿Usted también?...

IMPERIA

Si señora... yo... pero...

PORCIA

(Con viveza)—¡No! Nada. Continúe...

IMPERIA

Tras de rudo luchar alcancé lo que anhelaba; lo alcancé con su obligado cortejo de estériles y falsos bienes. Plácemes, ostentaciones y lujo... éxitos ruidosos, vibrantes alabanzas, adoraciones masculinas, despechos de mujeres... ¡Todo cuanto puede anhelar y satisfacer á un corazón ansioso!... ¡Pero ay!... ¡Cuántas ruindades y envidias y miserias tuve que soportar hasta que sonó para mí la hora del aplauso! Cuántas intrigas... qué adulaciones más abyectas... cuántos besos llenos de envidia y de ponzoña, y sobre todo, ¡¡qué miseria de hombres!!...

PORCIA

Mucho se envidia nuestra suerte; pero si el envidioso conociese los dolores

y desencantos que cuesta obtener el triunfo, hallaría en ese conocimiento su mayor venganza...

IMPERIA

¡Oh; cierto... ciertísimo!...

PORCIA

Perdone, señorita Imperia, esta observación; pero salióme de lo más hondo de mi sér... Continúe usted...

IMPERIA

Seré breve. Triunfé... y si la satisfacción de la victoria no basta al anhelo de mi alma que todavía sueña con *algo*... ¿cuál es la causa que me trae inquieta, melancólica y descontenta?

PORCIA

Dióse usted á indagarlo y sacó en consecuencia que todo el brillo artificioso de que se halla poseída podía cambiarlo... por un beso de amor... ¿No es esto?

IMPERIA

(Afirma tristemente con el gesto)—Una noche... era verano y en el campo... vagaba yo insomne por el jardín que circunda la *villa* donde suelo reposar de mis triunfos!... El penetrante perfume de las flores, enervaba mi espíritu abatido... Creí desfallecer, cuando oí cierto rumor junto á la cancela de entrada de mi quinta... Me acerqué. La zagala que me servía y un mozo del lugar vecino, ambos rústicos y záfios, hablaban un lenguaje, hasta entonces, para mí desconocido...

PORCIA

Escuchó usted. Era el habla del amor...

IMPERIA

¡Ay! Oí lo que llaman los poetas «rumor de besos y batir de alas»; y llena de inquietante zozobra, alejéme de aquel sitio con un dardo clavado en lo profundo de mi alma.

PORCIA

¡Pobre Imperia!

IMPERIA

¡Muy pobre! La imagen de mis adoradores de la Corte danzó grotescamente ante mis ojos en aquella noche de terrible insomnio... A partir de aquel momento data mi resolución de cambiar toda mi gloria, este lujo, mi envidiada fortuna, por uno... por un solo beso como el millar que cambiaron la zagala que me servía y el mozo del lugar vecino... (Una pausa breve).

PORCIA

Pero... porque aquí viene un «pero» de seguro. Usted dudó, vaciló, tuvo miedo de perder todo cuanto posee por una hora de felicidad, que tal vez sería un desengaño... ¿Nó es esto, señorita Imperia?

IMPERIA

¡Ay! No es eso, señora Porcia...

PORCIA

Entonces...

IMPERIA

Es que estoy enamorada. ¡Terriblemente enamorada!

PORCIA

Eso está descontado. No puede irse contra las leyes naturales de la vida. Hay que amar ó sucumbir... El amor es como un arroyo manso y placentero. Déjelo correr y se deslizará dulcemente entre márgenes floridas... Conténgalo usted y se convertirá en un torrente asolador é impetuoso... Quedamos pués, en que usted ama á un hombre...

IMPERIA

¡Ay!... ¡Ojalá!...

PORCIA

(Con extrañeza)—¿Qué?...

IMPERIA

(Dolorosamente)—¡Que no es uno... son dos hombres los que amo!...

PORCIA

¡Dos!

IMPERIA

¡Esa es mi cuita!

PORCIA

(Acudiendo á ella involuntariamente)—Usted también, mi querida Imperia!...

IMPERIA

(Con extrañeza)—¡Cómo yo también! ¿Dice usted?

PORCIA

(Reponiéndose)—Digo que usted... también siente «*l'embarras du choix*»... vamos... el tirano influjo del *dualismo del amor*... ¿nó es esto?

IMPERIA

Justamente.

PORCIA

Y como los dos son iguales en saber, bondad y gallardía... y ambos ocupan por entero su corazón, no sabe usted por cuál decidirse...

IMPERIA

Esa es mi pena. .

PORCIA

¡Cuitada!

IMPERIA

Usted es experta... usted conoce las debilidades y flaquezas del corazón humano... Usted bucea en las almas de sus clientes... Yo anhelo ser dichosa, y no puedo serlo porque la duda ataraza mi corazón... ¿Qué haré yo para ser feliz?...

PORCIA

(Meditando.)—Es grave el problema; pero no de solución difícil... Decida la suerte cuál de los dos ha de ser el preferido.

IMPERIA

(Con dolor.)—Me tocará uno... pero ¿y el otro?...

PORCIA

El otro será su pesadilla hasta la noche de sus bodas. Al día siguiente esa imagen estará borrada en su corazón.

IMPERIA

¿Y si á pesar de todo?...

PORCIA

¡Qué!

IMPERIA

Si á pesar de todo no puedo olvidarle.

PORCIA

(Pensativa.)—Como sea un hombre de verdad el que la suerte le designe, créame usted que no habrá ese temor... El hombre que no es capaz de borrar del corazón de su mujer la imagen de otro hombre, merece toda clase de desdichas... En ese caso, cúlpese al desdichado... su falta de... vamos, de personalidad.

IMPERIA

Pero en ese caso... yo...

PORCIA

Hija mía... usted en ese caso tiene dos caminos...

IMPERIA

¿El primero?...

PORCIA

Conformarse con que sea de plomo la mina que usted compró, creyendo que era de oro puro... El plomo también tiene su valor...

IMPERIA

Y si no me conformo... ¿cuál es el otro camino?

PORCIA

Es continuación del primero. Abandono de la propiedad y encerrarse como Ofelia, en un convento...

IMPERIA

¡El convento! ¡Qué estéril! ¿Porqué no volver al mundo? ¡Tal vez!...

PORCIA

No sería usted dichosa. Es varia y loca la fortuna. Huye siempre de quien la busca... Suele ofrecerse extravagante, al que no es capaz de merecerla.

IMPERIA

Total. Que si me toca un marido sin... *personalidad*, saldré estafada.

PORCIA

Mal de muchas... consuelo de pecadoras... Entonces acuda usted á mí... Arreglaremos el pleito del divorcio...

IMPERIA

¡Oh... el divorcio!...

PORCIA

Las leyes de los hombres lo sancionan... Nosotras lo aceptamos resignadas... ¿Qué hacer?...

IMPERIA

(Levantándose y dándole un apretón de manos.)—Gracias, señora Porcia... Imperia, artista de teatro, soltera y rica... ya sabe usted...

PORCIA

(Despidiéndola.)—Adiós, Imperia... sea usted dichosa y quiera el cielo concederla...

IMPERIA

¡Ay! Es varia y loca la Fortuna... pero no importa. Creo que no he perdido el día... (Sale.)

PORCIA

(Reflexionando.)—¡El dualismo en el amor! No es tan raro como parece... Ni es nuevo tampoco. ¿Ejemplos? Los hay á millares... Imperia... Ella se siente fascinada por dos hombres al mismo tiempo... ¡Dos hombres!... Eso le ocurre á cualquiera... Lo raro, lo inaudito, lo estrambótico... lo... natural después de todo.. es sentirse apasionada, no de dos, sino de cuatro hombres á la vez... ¡Cuatro! ¿Que quién es ese mónstruo?...

PORCIA y BERTA

BERTA

(Entrando.)—¿Señora?

PORCIA

¡Ah! ¿Eres tú, hija mía? Entra.

BERTA

(Mientras la ayuda á quitarse la toga.)—Me dijo la señora que hoy tendría convidados... ¿Quiere indicarme?...

PORCIA

Sí. ¿Avisaste al cocinero para que se esmere?

BERTA

Está avisado, señora.

PORCIA

Pon á más del mío, cuatro cubiertos en la mesa.

BERTA

(Mientras le arregla la cabeza con un peine.)—¿Cuatro?... No está mal...

PORCIA

¿Qué es lo que no está mal?

BERTA

(Poniéndole delante un espejillo de mano.)—El peinado... véalo la señora...

PORCIA

(Contemplándose ligeramente.)—Berta, no seas maliciosa.

BERTA

(Hipócritamente.)—¡Oh, señora!... ¡Maliciosa yo!

PORCIA

Cuando lleguen esos señores... ya sabes... los hace pasar al salón... les ofreces revistas ilustradas...

BERTA

Sí señora... (Recoje la toga, el espejillo y los demás cachivaches.) Lo que no me explico es cómo la señora tiene esa...

PORCIA

Esa qué; ¿porqué te detienes?

BERTA

(Indecisa.)—Esa... complacencia en alimentar ciertas esperanzas...

PORCIA

¿Eh? ¿Qué dices?

BERTA

Perdóneme la señora... No sé lo que me digo...

PORCIA

(Sonriendo.)—Anda, hija mía... Vé y prepáralo todo para la comida... Cuando estén esos señores, avísame... (Berta se inclina graciosamente y sale.)

PORCIA

(Pensativa y confidencialmente.)—Sí... ¡Cuatro!... nada menos que cuatro son los hombres que turban mis ideas y embargan mi corazón... ¿Es esto maldad? No. ¿Es coquetería inconsciente?... ¡Coqueta yo!... ¡Bah!... ¿*Será*?... ¡Oh, de ninguna manera!... Estoy segura de ello... No es nada de eso, y voy á demostrarlo... Pero

como en mi defensa he de emplear argumentos puramente femeninos, necesito que los caballeros abandonen la sala, so pena de hacerme pasar por una traidora á los ojos de las señoras que me escuchan... Mi defensa así lo exige... Se trata de una justificación... de una conferencia, *para señoras solas*... Por lo tanto, ruego á ustedes, caballeros y hombres buenos, que sean discretos y cogiendo el sombrero se salgan al corredor á fumar un cigarrillo mientras... ¡pero qué! ¿No obedecen ustedes? ¿Ninguno fuma? ¡Y luego dicen que somos curiosas las mujeres!...

Bueno, me resigno á que oigan... así como así, el refrán lo dice bien claro «El que escucha, su mal oye»... conque, señores... paciencia y aguantar lo que venga; mía no es la culpa... (En tono confidencial.) Se llama González... ¡Juan González!... Como si dijéramos José Gómez, Manuel Pérez ó Blás García. Es un nombre corriente, vulgar, adocenado... Cualquiera se llama Juan; y González no digamos. Pues Juan, es como su nombre; un perfectísimo cualquiera. Hay más. Que la persona corre pareja con el nombre... No es alto ni bajo... ni rubio ni moreno... ni guapo ni feo. Es apacible de carácter... Por nada se incomoda... Pues bien; González me hace el amor, ó para hablar correctamente, me galantea... ¿Que por qué razón, yo, Porcia, un semihombre, hállome interesada por González?... ¡Bah! Demasiado saben ustedes que un buen marido no necesita ser un Salomón para... ¡Ah! Y es viudo... pero esto no importa... ¡No señoras, no importa!... ¿Quién de vosotras puede afirmar que casó con un hombre *absolutamente* soltero? Es cosa olvidada de puro sabida, que no llega un hombre al tálamo nupcial sin ser *algo* viudo, ó viudo del todo... ¿á que no existe un solo enemigo que por rara ó estupenda anomalía, pueda ser enterrado con palma?... ¡Ay! ¡qué triste verdad!... Y ellos... en cambio... los muy bárbaros é hipócritas, exigen de nosotras... sin comprender, que los que ellos más aprecian, es sin duda alguna, lo que menos vale... (Con énfasis.) La pureza del alma. ¡El aseo corporal!... ¡Despierta la inteligencia!... Firme el carácter y la condición alegre, son los accesorios principales de la *mujer fuerte* de que nos hablan las Sagradas Escrituras...

¿Han leído ustedes los proverbios de Salomón?... Diz que este caballero era práctico en cosas de nosotras... ¿Cómo no serlo? Con sesenta reinas, trescientas esposas y seiscientas concubinas... hay tela para rato... ¿eh?... ¡Que atroz!

No me hagais, pués, aspavientos al saber que González es viudo...

Es viudo... y qué. Su mujer... su esposa... fué amiga mía. Me contaba unas cosas... ¡Oh, que González!... Figúrense ustedes... (Mira al público y temiendo decir una indiscreción, cambia de tono.) Figúrense ustedes que siempre estuvo con ella complaciente, amable, cortés... aunque sin *personalidad* definida... ¿Que casarse con un hombre así, es como no casarse con nadie, ó mejor aún, casarse con todo el mundo?...

¡Quia! González debe ser el ideal de los maridos... (Una pausa.)

En cambio Robles ¡qué hombre! Es militar y de caballería...

Lo mismo doma un bruto, que parte de un balazo los alambres del telégrafo... Es moreno; fuerte, alto, recio... vigoroso...

Sus ojos negros, vuélvense fosforescentes cuando la pasión fustiga sus sentidos... Me adora. Roberto me atrae... Ese hombre tiene algo de Otelo... No gusta de retóricas y es corto y brusco de palabras. ¡Dice á lo mejor unas atrocidades!... Yo me rio de su sencillez, y él, acaba también por reirse... Y sin embargo... Muchas veces he soñado, estando despierta, que llegaba á mi cuarto... me arrebataba entre sus brazos de acero... y arrastrándome hasta su caballo, partíamos al galope atravesando pueblos, llanos y ciudades.

Una carrera anhelante, vertiginosa, terrible... Al final, un desierto, y al final del desierto un oasis...

(Crece la fascinación.) Y allí... dueños los dos, el uno para el otro, entonábamos un himno de amor augusto, soberano, salvaje...

¡Vivir para amar y amar para vivir!... ¡Vivir amando y morir sin dejar de amar! ¡¡Qué hombre!!... ¡¡Debe estrangular de un modo!! (Porcia se levanta y hace esfuerzos para sustraerse al influjo de su exaltación. Se tranquiliza un poco. Llégase á la mesa y cogiendo un cigarrillo de una caja lo enciende y viene tranquila y sonriente al primer término. Queda un momento pensativa; como preocupada; de pronto recita:)

«Antes que llegues con tus años, Lida,
A la vejez cansada
¡Ay! no le ofrezcas al desdén posada
Que el basilisco del que más le anida;
Sino mucho amorosa
Labra en mi celo, cogerás tu rosa.
La purpurada Venus, y el hijuelo
Que siempre le acompaña
O del mayo en la flor pisan el suelo
Ya con alegres danzas
Brindando á tu verdor con mil mudanzas».

. . . .

(En tono confidencial.)—Es poeta... y discípulo y admirador del exótico y tierno Horacio. Aunque parezca raro, es sincero, es dulce y modesto...

La elevación de su espíritu le tiene en éxtasis perpétuo... y yo, yo soy su musa... ¡Yo!... La Porcia inverosímil... filósofo y mujer... ¡Un psicólogo del amor!

Y digo yo... ¿Qué vé Narciso... porque se llama Narciso... qué vé en mí, que tanto le subyuga? Yo no lo sé; pero su adoración me agrada.

¿Será que todas las señoras, por fuertes y varoniles que seamos, nos gusta ser las heroinas de una historia de amor?... No me llameis romántica, señoras. Poco ó mucho, todas lo somos, pero ¡ay!... Esos hombres... esos mónstruos lo materializan todo. Son como el ruiseñor. Sólo cantan mientras dura la primavera... Después; cuando el nido ya está hecho y la hembra puso sus obscuros huevecillos... enmudecen como gansos... ¡Ah, hombres; hombres!... El amor no es permanente en vuestro corazón... solo teneis una fiebre... la de tener, la de ganar mucho dinero... Esto es práctico, decís... ¡Qué grosera idea!...

(Aparece BERTA con una bandejita y en ella una tarjeta. PORCIA le indica que se acerque y toma la tarjeta: lee al respaldo unas palabras escritas con lápiz; frunce el ceño y consulta á la doncella con la mirada.)

BERTA

Está en el gabinete.

PORCIA

¿Porqué no le has pasado al salón?

BERTA

Se ha negado en absoluto al saber que estaban allí...

PORCIA

¿Quiénes?

BERTA

Don Juan, D. Roberto y Don Narciso...

PORCIA

¿Que se ha negado, dices?

BERTA

En absoluto.

PORCIA

¿Qué desea entonces?

BERTA

Ver á la señora... Ahora mismo y á solas.

PORCIA

¿Eh?

BERTA

Dice que es indispensable... que es urgente.

PORCIA

(Leyendo de nuevo la tarjeta.)—Sí... eso dice... pero...

BERTA

El señorito Leornardo sabe pedir las cosas de tal manera, que no hay otro remedio que complacerle.

PORCIA

¿Qué estás diciendo? Berta; eres una traidora.

BERTA

Ah, señorita. ¡La súplica en sus labios es mandato en el corazón de quien le escucha. ¿No lo sabe la señora?

PORCIA

¡Ay! quisiera no saberlo.

BERTA

Dice además, que será breve... que es cuestión de poco...

PORCIA

(Pensativa.)—Hazle entrar aquí... pero no ahora mismo, ¿sabes? Un momento... necesito tranquilizarme... A esos señores, les dices que tengo una consulta... que dispensen... (Berta se dirige hacia la puerta.) ¡Ah, oye! y cuando esté todo dispuesto para la comida *nos* avisas... (Berta se inclina sonriendo y se retira.)

PORCIA

(Lee de nuevo la tarjeta y la arroja sobre la mesa. Queda pensativa y acaba por sonreir.)—¡Ah, miserable! Eres diplomático y astuto. Temes la competencia y no quieres asistir á mi mesa cuando tus rivales me acompañan. Está bien. Es la tuya, táctica de guerra; pero tu contrario está advertido (Pausa breve.)—Pero señor... ¿Porqué querré yo á este hombre? Porque cuidado, que como feo, lo es... Pero, eso sí, lo que es á elegante, á distinguido á talentoso, pocos le ganarán... Al través de sus facciones irregulares, adviértese una fisonomía expresiva, animada interiormente... ¡Parece que se desprende de toda su persona, un... «mag-

netismo inconcebible» que diría el amigo Gauthier. Sus ojos penetrantes, alegres y decidores, prometen unas cosas cuando habla!... !Ah! ¿Pues y la boca? ¡La boca es bonita. Es tan decisiva la boca de un hombre de talento cuando sonríe sin hablar!...

Ya comprenderán ustedes que con tales elementos no es difícil que me tenga casi rendida... como fascinada.... Y no es solamente por eso. Leonardo es peligroso con la viveza de su ingenio; pero sus ideas raras y á la vez muy prácticas y humanas... Tal vez demasiado humanas. Su habilidad mayor, consiste en excitar mi curiosidad sin satisfacerla por completo. Ya sabeis vosotras, señoras y amigas mías, lo que es esto. ¡Curiosidad no satisfecha! Esta curiosidad fué origen del mundo... ¿porqué?... ¿Cuál si no esta causa, fué la que perdió á nuestra madre Eva?... (Volviéndose hacia la puerta y suponiendo que habla con Leonardo.)

!Ah, traidor! Si yo no fuera mujer, ó fuera para tí algo más que una buena amiga, ya te diría yo...

(Aparece Leonardo en la puerta como evocado por el conjuro)—¡Oh, amigo Leonardo! (El caballero avanza y tomando las manos que le tiende Porcia, deposita en ellas un beso galante y respetuoso. Porcia se extremece ligera é involuntariamente.)

LEONARDO

Necesitaba justificar mi ausencia de hoy.

PORCIA

Y viene V. á remediar su falta. ¿No es eso?

LEONARDO

Imposible remediar lo que no tiene remedio. Porcia, hoy no puedo comer con usted.

PORCIA

¿Muy ocupado, quizás? Pero los que trabajan también comen.

LEONARDO

Yo no tengo que trabajar. Soy el eterno desocupado...

PORCIA

Entonces.

LEONARDO

Para obtener su perdón, me bastaría con hurdir un lindo y lógico embus-

te... y usted, es claro. Es buena; se hace cargo de todo y no dejaría de perdonarme. Pero nada más innoble que la mentira.

PORCIA

Según. Hay mentiras que son necesarias; otras veces, es piadoso mentir.

LEONARDO

La mentira piadosa es crueldad... á la larga. La mentira necesaria, es siempre cobardía.

PORCIA

Imposible vivir con la verdad.

LEONARDO

Vivir en la mentira no es vivir.

PORCIA

Estamos de acuerdo... y sin embargo no nos entendemos.

LEONARDO

Nos entendemos perfectamente. Solo que no queremos confesarlo.

PORCIA

Lo que prueba que todos somos embusteros.

LEONARDO

Más ó menos, todos lo somos; y como esto es un mal, de ahí la necesidad de combatirlo.

PORCIA

Es que muchas veces, para combatir un mal hacemos otro mayor.

LEONARDO

Lo que no quita para que cumplamos con nuestro principal deber.

PORCIA

¡El deber! Nunca sabremos cuál es nuestro principal deber. Para los lobos, el principal deber, es devorar á las ovejas, lo que no es obstáculo para que los pastores y los mastines protesten del cumplimiento de tal deber.

LEONARDO

¡Oh, querida amiga! Su parábola es ingeniosa; pero no es muy aplicable al medio en que vivimos. El mundo de las fieras no es precisamente nuestro mundo.

PORCIA

En toda parábola pueden trasmutarse los sujetos. Donde digo lobos ponga usted hombres...

LEONARDO

Y donde dijo usted pastores y mastines, pongamos... gentes honradas. ¿No es esto?

PORCIA

Exactamente. Además; no varíe usted la esencia de la cuestión y dígame qué resulta de este leve cambio de valores.

LEONARDO

Pues resulta en ambos casos, que ni las ovejas protestan de que las devoren sus tiranos, ni las mujeres hacen resistencia mayor, cuando advierten que los hombres tratan de hacer con ellas cosa parecida.

PORCIA

Según eso, «devoráos los unos á los otros» es ley del mundo ¿no es verdad?

LEONARDO

Así es... fatal y necesariamente! ¡*«Devoraos los unos á los otros»!* Esa es la ley de la vida... ó más bien la ley del amor... porque sin amor no habría vida, ni habría mundo, ni existiría nada...

PORCIA

¿A ver, á ver? Explíqueme usted eso.

LEONARDO

Los ciegos, los ilusos, en una palabra, los señores enamorados, creen que aman, cuando tratan de resolver el «*eterno problema de la vida*» ¡Infelices! ¡Qué gran error el suyo!

PORCIA

¡Error! error! ¡Pobres enamorados! ¿Y por eso los compadece usted?

LEONARDO

A los hombres, principalmente.

PORCIA

Esa lástima tendrá una causa.

LEONARDO

Ya lo creo. Como que los encuentro ridículos, grotescos, comprometedores, aburridos y necios como gorros de dormir.

PORCIA

(Indignada).—¡Oh, oh, oh!... Según eso el amor...

LEONARDO

(Indignado).—¡No me hable usted del amor! Es un sentimiento absorvente, egoista, que destroza todo cuanto roza. ¿Pues y los amantes? Todo lo confunden en un pisto sin nombre. Emociones, sacrificios, eternidad, lágrimas y besos.

PORCIA

Todo eso... en teoría, estará muy bien dicho. Pero usted mismo, al llegar á la práctica, ¿será capaz usted de negar que existe... la pasión amorosa?... (Con intención é insinuándose). Por lo menos algunas veces...

LEONARDO

(Haciéndose fuerte y desdeñoso).—¡La pasión amorosa! Pero señor... Yo no sé porqué ustedes, las mujeres exigen siempre ser amadas con pasión, cuando sin llegar á ese extremo deplorable, se puede ser tan feliz.

PORCIA

¡Extremo deplorable! ¡Es usted un mónstruo! ¿Cómo puede existir una relación amorosa, sin ternura sin sacrificios, sin un perfecto y único sentimiento?

LEONARDO

¡Oh! Pues del modo más sencillo...

PORCIA

¡Calle... calle usted! Una unión de tal naturaleza, me parecería cínica, detestable, sencillamente... ¿quiere usted que lo diga?

LEONARDO

No deseo otra cosa.

PORCIA

Pues, sencillamente animal.

LEONARDO

¡Eh!... Poco á poco, mi querida Porcia. Yo no destierro en absoluto ni la ternura, ni el sacrificio, ni nada de lo que existe en el mútuo afecto de un hombre y una mujer...

PORCIA

(Enfadada).—Entonces...

LEONARDO

Lo que yo sostengo, es, que esos sentimientos no deben mezclarse ni confundirse. Porque créame usted. El secreto de la felicidad... conyugal—llamémosle así para no alarmar á esos señores—(indicando al público con un guiño de ojos, un poco canalla) ese secreto, está indudablemente, en ser, unas veces, el marido, otras, casi todas, el amigo de la mujer...

PORCIA

Pero... ¿es que no ha visto usted nunca dos seres unidos á la vez por el amor y la amistad?

LEONARDO

(Rotundo, implacable y despiadado)—¡¡Jamás!! (Con cierto desdén.) ¡Psché! Eso se ha pretendido inventando para ello el matrimonio; pero... (confidencialmente y como para que el público no se entere; pero bastante claro) pero... hay que confesar, amiga mía, un perfecto fracaso en el invento...

PORCIA

(Admirada).—¿Eh?

LEONARDO

(Con tono confidencial).—¿Cuál es, sinó, la causa de ver por esos mundos, por este bajo mundo, tantos matrimonios desdichados?... La amistad es un sentimiento de abnegación; el amor es un sentimiento de profundo egoísmo... por lo tanto, es imposible ser *á un mismo tiempo*, el amigo y el amante.

PORCIA

(Sin darse por ofendida).—¿Pero porqué?

LEONARDO

Porque amor sin celos no es amor... y esa pasión absorvente y abrumadora, todo lo trastorna. ¡Ay, amiga mía! La felicidad conyugal, debe ser todo equilibrio. ¿Cómo ser felices cuando por el pretexto más insignificante, por la causa más baladí, marido y mujer, empujados por los celos, están dispuestos... hasta á tirarse los platos á la cabeza?...

PORCIA

(Casi rendida).—¡No! Lo que es en el fondo... quizás... quizás tenga usted razón. ¡Los celos! ¡Qué horrible padecer!... Admitamos que está usted en lo cierto. ¿Qué remedio nos queda entonces, para ser felices?

LEONARDO

Ya lo he dicho. La felicidad conyugal, consiste en ser la mayor parte del tiempo, amigos... pero amigos sinceros... nada más que amigos. En ese estado de amistad, el marido pierde los derechos sobre la mujer...

PORCIA

¡Los derechos! ¡Qué innoble palabra! ¿Y la mujer qué hará?

LEONARDO

Lo que es lógico. Perder los derechos sobre el marido...

PORCIA

Bueno... pero... ¿y luego?...

LEONARDO

Luego... cuando llegue el turno del amor, que será lo más tarde en tarde *posible*...

PORCIA

¿Lo más tarde en tarde posible?... ¿Pero es esto *posible*?

LEONARDO

Tan *posible*, que sin esta condición, no sería *posible* vivir. Conozco una

máxima, que aunque poco divulgada, está en la conciencia de todos, y es sin duda alguna, el secreto de la verdadera felicidad.

PORCIA

¿Y esa máxima?

LEONARDO

¡*Voici!* «En amor para gozar mucho, hay que gozar muy poco»... ¿Me entiende usted querida Porcia?...

BERTA

(Desde la puerta.)—¡La señora está servida!

PORCIA

(Con ligera sorpresa).—¿Qué?... ¡Ah sí!... Voy... vamos en seguida. (Sale la doncella.)

PORCIA Y LEONARDO

(Sonriente.)—Ya ve usted... Nos esperan... ¿Vamos á comer? (Hace el gesto de tomarle el brazo.)

LEONARDO

(Declina el honor de acompañarla.)—He venido á excusarme y usted no me ha dejado...

PORCIA

(Entre admirada y con disgusto.)—¡Pero qué es eso! ¿No come usted con nosotros?

LEONARDO

¿Nosotros?

PORCIA

Si... buenos amigos... Juan, Roberto, Narciso...

LEONARDO

¿Comer al lado de tres enamorados?

PORCIA

(Un poco perversa.)—Si... un esport, como otro cualquiera...

LEONARDO

No, en mis días. Ya sabe usted que encuentro á esas pobres gentes ridículas, grotescas, comprometedoras...

PORCIA

(Enfadada.)—Sí: Y aburridas y necias, como gorros de dormir... ¿No es eso?

LEONARDO

Precisamente... y perdone usted, querida mía, esta franqueza un poco... pero otro día seguiremos con nuestra conferencia sobre el amor... ¿Quiere usted?

PORCIA

(Resignándose.)—¡Qué hacer... pero es usted!...

LEONARDO

(Besándole la mano respetuosamente.)—¡Su mejor amigo! y ya lo sabe... (Se aleja sin dejar de mirarla.) «Para gozar mucho... hay que gozar muy poco»... (Sale y hace mutis.)

PORCIA

(Enarca las cejas y suspira fuertemente.)—Este es el hombre... (Queda un momento pensativa.)—Decididamente.... decididamente este hombre es un gran miserable.... y sin embargo...

FINAL

PORCIA

(Acercándose al público y acentuando sus confidencias.) —Sostengo mi ignorancia. La mujer es como una cítara que tiene cuatro cuerdas; y el hombre por lo regular, no sabe tocar más que una sola... y nosotras queremos armonía... que nos hagan vibrar como las arpas eólicas. ¿Verdad que sí?... Mi testimonio es sincero, sin

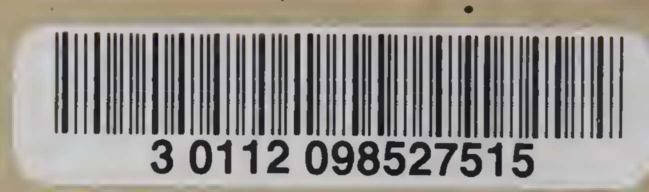
hipocresía, perfectamente armónico... ¡Ay! Son cuatro... cuatro!... ¿Porqué no hallar en uno solo la bondad de Juan, la hermosura de Roberto, la idealidad de Narciso y el talento de Leonardo?...

¿Será verdad que el hombre es un ser incompleto?... ¿Será?... ¡qué atrocidad!... ¿Será este el secreto que guardamos en nuestro corazón la mayoría de las mujeres?... ¡Ah, entonces!....

Si nosotras... si cada una de nosotras, hallásemos un marido que supiera tocar todas las cuerdas de la cítara... de seguro que entonces nos embriagaríamos en una perpetua y linda comedia de amor. Una comedia sin epílogo. Porque como dice mi amigo Max-Nordau, si el idilio de Romeo y Julieta tuviese un acto más, este acto, sería ciertamente el del divorcio...

No sé... no sé... ¡pero ahora caigo!... Ustedes perdonen... aguardan mis amigos... la mesa está servida... ¿Ustedes gustan?.... (Saluda graciosamence y se retira.)

TELON



Precio: 2 Ptas.